Cuadernos Monásticos 70-71 (1984) 361-370
Matthias William SCHMIDT, osb

INVENIRE CHRISTUM IN HOMINIBUS

"Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?" (Mc 8,29). Esta pregunta que Jesús hizo a Pedro sintetiza el tema espiritual central elegido para este Congreso. La persona de Jesús y particularmente del Cristo histórico, es el tema central en las discusiones teológicas de nuestro tiempo. Cada monje, cada comunidad monástica, dentro de su contexto histórico debe responder al interrogante de Nuestro Señor. Si bien san Benito no desarrolló en su Regla una teoría cristológica, es evidente que presenta la vida del monje como una experiencia de vida, una praxis que nos llevará a una formulación cristológica para cada monje o para cada monasterio.

El punto que me han pedido considerar con ustedes es: *El descubrimiento de Cristo en el otro; hospitalidad, apertura y servicio.* Yo no soy un teólogo ni un experto en monástica. Pero acepté esta invitación con el deseo de servirlos, a ustedes, mis hermanos monjes, compartiendo con ustedes algunas de mis reflexiones basadas en mi experiencia como monje, que fue llamado a servir a la Iglesia como obispo en Brasil, hace doce años.

Intentaré usar el "VER-JUZGAR-ACTUAR", método usado frecuentemente en la Pastoral Teológica para América Latina. Primero, trataré de recordar algunas características de nuestro tiempo que hacen al contexto histórico en donde estamos llamados a vivir nuestra vocación monástica. Luego veré algunos principios teológicos en la Sagrada Escritura y en la Regla de san Benito. Finalmente trataré de ofrecer algunas sugerencias acerca de cómo se deben vivir hoy las virtudes monásticas de hospitalidad y servicio.

En *San Benito y su tiempo,* el Cardenal Schuster nos recuerda que "Quiera uno o no, cada uno nace hijo de su tiempo. Ni siquiera los grandes personajes de la historia pueden ser estudiados fuera del ambiente que los vio crecer, que los formó y en el que desarrollaron su actividad"[1]. San Benito nació, "como hijo de su tiempo", alrededor del 480 (Schuster prefiere el año 470)[2]. ¡Y qué tiempos aquellos! Durante sus primeros años fue testigo de la caída del Imperio Romano de Occidente, de la entrada triunfal de Teodorico, rey de los Godos, a Roma y del cisma que dividió la Iglesia durante la lucha por el papado entre las facciones del Papa Simiaco y Lorenzo.

La gracia de Dios y las reflexiones de san Benito sobre su fe dentro de este contexto histórico nos dieron la Regla y el comienzo del benedictinismo de los cuales somos herederos espirituales.

---

1. Schuster, A.I., *St Benedict and his times.* Nueva York, Herder, 1951, p. 18.
2. Ibid.

Nos guste o no, somos benedictinos de hoy, hijos de nuestro tiempo. Vivimos en un mundo que es fruto de siglos de historia. Para ser fieles a nuestra vocación benedictina necesitamos ser muy conscientes del contexto histórico en que vivimos y, al mismo tiempo, mirar la Sagrada Escritura y la Regla de san Benito como nuestros guías, mientras "corremos y practicamos ahora, lo que nos conviene para la eternidad" (Pról. 44).

Desde el siglo XV hasta el siglo XIX, los pueblos del hemisferio norte conquistaron vastos imperios, diezmaron a la población nativa y trajeron esclavos a trabajar la tierra. Incluso en el siglo XX algunos pueblos europeos invitaron a "trabajadores-huéspedes" de entre la gente más pobre para hacer las tareas más miserables. Cientos de inmigrantes arribaron de las primitivas colonias y de otras naciones. Los descendientes de los esclavos, también ciudadanos e iguales ante la ley, fueron frecuentemente tratados como "extranjeros" en la única patria que conocían.

Ahora la presencia de estos *gastarbeiters,* inmigrantes y ciudadanos no-blancos es motivo de miedo. La violencia, la opresión, la expulsión e incluso los asesinatos están a la orden del día[3].

Las estructuras sociales políticas y económicas que el Papa Juan Pablo II llama "estructuras de pecado"[4] favorecen a las naciones del norte en detrimento de las naciones del hemisferio sur. Los llamados países del "Primer Mundo", que en 1980 contaban con 15,4 % de la población mundial tenían un ingreso *per capita* de $ 10.660. Las naciones del "Segundo Mundo" con más de la tercera parte de la población mundial tenían un ingreso *per capita* de $ 1.156, mientras que los pueblos del "Tercer Mundo" con más de la mitad de la población mundial tan sólo contaban con un ingreso *per capita* de $ 850[5].

El hambre es una experiencia diaria de las dos terceras partes de la humanidad. A pesar de esto en los E.E.U.U., el gobierno americano paga a algunos campesinos para que no siembren granos y mantener así precios "razonables" en el mercado internacional. El Cardenal Aloysius Lorscheider estima que 3.500.000 personas murieron de hambre en el empobrecido norte del Brasil en 1983[6].

Mientras estos millones de hermanos y hermanas nuestros mueren de hambre, se gastan anualmente billones de dólares en la fabricación, venta e instalación de toda clase de material bélico. Incluso sin disparar un solo tiro, estas armas matan a millones de vidas humanas anualmente al privarlas de las necesidades básicas para la vida[7]. Desafortunadamente la realidad de la guerra es una diaria experiencia para mucha gente del Cercano Oriente, Asia y Centroamérica.

---

3. TIME, Dic. 19, 1983, p. 18-24.
4. Homilía en Zapopán, 3-AAS, LXXI, p. 230.
5. Oliva Aloísio M., "Fome, O Prato do Dia dos Brasileiros", en *Vida Pastoral,* Marzo-Abril, 1984, p. 2.
6. Lorscheider, Aloísio, en una Carta Abierta del 21 de setiembre, 1983, manuscrita.
7. Aún en los Estados Unidos, uno de los países más opulentos del mundo, el Departamento de Estados Unidos de Sanidad y Servicios Humanos estima que hay dos millones de americanos sin vivienda, TIME, *op. cit.*

La explotación, la opresión, la violación de los derechos humanos, la injusta distribución de los bienes, son los vástagos del materialismo condenado por Juan Pablo II como aquello que nos lleva "a nivel internacional al crecimiento de la riqueza de los ricos a expensas del crecimiento de la pobreza de los pobres"[8].

Dentro de este contexto histórico marcado por estos y otros importantes factores, la gracia de Dios nos ha llamado a vivir "según la Regla de san Benito" (Rito de Profesión).

En el capítulo 58 de la Regla, Benito nos dice que la vocación monástica y sin duda no sólo del novicio, es "realmente buscar a Dios" (58,7). Seguramente como nos recuerdan las otras conferencias, el monje busca solícitamente a Dios tanto en sus hermanos monjes, en la Sagrada Escritura y en los signos de los tiempos; en la oración pública o privada, en la obediencia, la humildad y el ascetismo, y también utilizando los talentos dados por Dios.

Nuestra presente tarea es preguntarnos "¿Cómo puede el monje buscar y encontrar a Cristo en sus semejantes, el hombre y la mujer que participan junto con él de este momento de la historia? ¿Cuál es la donación que el monasterio debe hacer a la comunidad humana que lo rodea, a la iglesia local y al "Pueblo entero"? ¿Cómo puede recibir el monje, a través de la apertura, el servicio y la hospitalidad, específico apostolado monástico, el don y la bendición (53,24) que los huéspedes de hoy le traen?"[9].

Puesto que nuestra vocación es buscar a Dios, debemos preguntarnos: "¿Quién es el Dios que busco? ¿Dónde se le encuentra? ¿Qué bendición nos ofrecen los huéspedes de hoy, para el enriquecimiento de la vida monástica? Y ¿qué desafíos presentan a la vida benedictina moderna en su búsqueda de Dios?".

La pregunta esencial para el monje de todos los tiempos es: ¿Quien es Dios? *"Y vosotros ¿quién decís que soy yo?"* Y ¿Dónde encontrarlo?".

La Sagrada Escritura es la narración escrita del Dios, que por amor a nosotros quiso revelársenos. *De una manera fragmentaria y de muchos modos habló Dios en el pasado a nuestros padres por medio de los Profetas, en estos últimos tiempos nos ha hablado por medio de su Hijo, a quien instituyó heredero de todo, por quien también hizo los mundos (Hb* 1,1-2).

En el tiempo del Exodo 3,14-15, Dios se revela a Moisés y a nosotros. Al mismo tiempo, El es Trascendencia, Misterio, *"Yo soy el que soy?"* y sin embargo *Yahvéh, el Dios de vuestros padres, el Dios de Abrahán, el Dios de Isaac, el Dios de Jacob.* Es un Dios presente en la historia humana. Es el Emmanuel, Dios con nosotros *(Mt* 1,23). El Dios que participa de nuestra vida diaria. Es *Abba,* Padre *(Rm* 8,15). Nuestro Dios no es un Dios distante, sino el dador de vida, Salvador y Protector de Su pueblo; tanto nos amó que se hizo hombre y dio su vida por nuestra salvación. En Jesucristo, verdadero Dios y verdadero Hombre, tenemos nuestro modelo perfecto. "Cristo, fue un hombre tan perfecto, tan humanamente

---

8. *Puebla and Beyond,* editada por John Eagleson y Philip Schafer, Mary Knoll, N.Y., Orbis Books, 1979, p. 67.

9. Schmidt, Matthias, osb. *Collectanea Cisterciencia,* Tomo 43, 1981.

perfecto, que tenía que ser Dios" [10]. Este es el Dios que buscamos. Cristo nos muestra el camino.

Sin embargo el Hombre tiene la tentación de crearse nuevos dioses para sí mismo. En orden a justificar sus estructuras de pecado, de dominación y opresión, el hombre fabrica ídolos de riqueza, poder y lujuria y les rinde homenaje con liturgias pomposas y frecuentes libaciones. Como todo ídolo pagano, estos dioses reclaman sacrificios, y especialmente sacrificios de sangre inocente. Millones de vidas inocentes son sacrificadas a estos ídolos. Muchas son las vidas de trabajadores mal pagados y oprimidos, sacrificadas al dios de la riqueza. Muchas las vidas de los jóvenes soldados, ofrecidas en honor al dios del poder. Muchas, las vidas de los jóvenes, chicas y chicos, sacrificadas en el altar de la prostitución para servir al dios de la lujuria.

Una sociedad materialista prefiere un dios deísta que se contente con un servicio religioso tan sólo de la boca para afuera, un dios que no sea parte integrante de la vida diaria. Para aquellos que rinden honor a este dios, la religión es una cosa y lo que viven otra. Ellos parecerían rezar: "Padre nuestro que estás en el cielo... ¡ ¡quédate allí arriba!!".

El monje está llamado a buscar al único Dios verdadero. ¿Pero dónde encontramos a este Dios que Cristo manifiesta y que Benito nos dice busquemos con todo nuestro ser? Seguramente el autor de la Regla, que resume la vida del monje como la búsqueda de Dios, nos dirá dónde puede ser encontrado. "A todos los huéspedes que llegan al monasterio recíbaseles como al mismo Cristo, pues El ha de decir: *"Huésped fui y me recibisteis"*. (RB 53,1) *(Mt* 25,35). "Sobre todo, póngase el mayor esmero en el recibimiento de pobres y peregrinos, porque en ellos se recibe a Cristo más particularmente"(RB 53,15).

A lo largo de la Regla, Benito, nos dice que Cristo se encuentra más realmente en el pobre, en el enfermo, en el anciano y en el débil. Declara su propósito de fundar un monasterio y escribir una Regla para el débil, para los pecadores, para el principiante (73,1), quienes con la ayuda de muchos hermanos (1,4), podrán encontrar a Dios y servirle en aquellos que vengan al monasterio donde siempre deben ser recibidos *cum fervore caritatis* y *tamquan Christus* (53,1).

La hospitalidad benedictina, fue una realidad tan fuerte al principio y en la Edad Media, que se volvió proverbial. Con todo, la hospitalidad es una virtud anterior a la era cristiana e incluso al Pueblo Escogido. Las tribus nómades practicaban la hospitalidad con la esperanza de que algún día un dios les haría el honor de visitarlos. Para los judíos la recepción de los huéspedes era un recuerdo de que una vez, también ellos habían sido forasteros oprimidos en Egipto. y dar la bienvenida a un extranjero era imitar a Dios, quien *ama al forastero a quien da pan y vestido (Dt.* 10, 18-19).

El acontecimiento de la aparición de Yahvéh en la encina de Mambré *(Gn* 18,1-15) nos muestra la importancia dada a la hospitalidad por los antiguos. Abrahán no sólo recibió a estos huéspedes (en quienes más tarde los escritos patrísticos

---

10. Boff, Leonardo, O.F.M., *Jesus Cristo Libertador,* 9ª edición, Petrópolis, Vozes, 1983, p. 193.

verían a la Santísima Trinidad) sino que activamente los persuadió, les rogó vinieran a su tienda, y les ofreció todo lo mejor que podía ofrecerles en materia de confort humano y de servicio. En pago, es Abrahán quien recibe el mayor regalo, la promesa de Isaac, y en él la promesa de una progenie numerosa. La Escritura nos muestra que quien ofrece hospitalidad recibe siempre más de lo que da. Sara rió ante la posibilidad de concebir un hijo en su ancianidad, pero es en esta gran "carcajada", en la persona de Isaac, que rejuvenecieron Abrahán y Sara. Juventud, alegría y vigor son ahora las señales del incipiente Pueblo de Dios.

Al recibir al huésped, Benito instruye a sus monjes para que canten *"Suscepimus, Deus, misericordiam tuam in medio templi tui"* (53,14 y *Sal* 47,10). Y reconoce que el huésped es un don al monasterio y por lo tanto corresponde pedirle la bendición (53,24). Es evidente que Benito se dio cuenta de que "los pobres son la Iglesia. Si se lo permitimos, los pobres nos evangelizarán. De ellos aprenderemos la simplicidad de vida, el respeto por la persona humana y la alegría que viene de compartir lo poco que tenemos"[11].

En estos días en que muchos de nuestros monasterios, así como también nuestra cultura europea sienten el peso de los años, la casi esterilidad al descender el número de vocaciones monásticas, haríamos bien en mirar a la juventud y el vigor que puede venirnos en los "Isaacs" de entre los pobres, a los jóvenes extraviados y a las nuevas y emergentes culturas[12].

Una cuidadosa lectura de la Sagrada Escritura, de la Regla y de los signos de los tiempos nos ayudará a entender y a vivir la hospitalidad como Benito la entendió. Jesús nos enseña que la hospitalidad envangélica no es meramente la recepción de amigos, vecinos o relaciones. *¿No hacen lo mismo los paganos? (Mt* 5,47). Es la recepción del otro, del extraño, de aquel que es diferente a mí, lo que me cuestiona. Es siempre un riesgo. ¿Es un enemigo *(hostis)* el que viene? Sólo la total renuncia y la fe pueden vencer la xenofobia. Sólo el amor hace del desconocido *(hostis)*, un invitado-amigo *(hospes)*[13].

Jesús claramente declaró que El está escondido *"entre los más pequeños de los hermanos (Mt* 25,33 ss.). Por eso en orden a la búsqueda v al encuentro de Jesús, debemos usar no sólo nuestra inteligencia humana, sino también Su gracia. Los obispos latinoamericanos, en sus análisis de la vida actual, descubren "rostros muy concretos en los que deberíamos reconocer los rasgos sufrientes de Cristo, el Señor que nos cuestiona e interpela"[14]. Esto incluye:

"– rostros de niños golpeados por la pobreza desde antes de nacer, por obstaculizar sus posibilidades de realizarse a causa de deficiencias mentales y corporales irreparables, los niños vagos y muchas veces explotados, de nuestras ciudades,

---

11. Schmidt, Matthias, osb, *op. cit.*

12. Muchos jóvenes buscan hoy formas de vida comunitaria. La experiencia de Taizé y de otras comunidades monásticas parecen indicar que la forma de vida, probada por el tiempo presentada por Benito tiene mucho que ofrecer.

13. Böckmann, Aquinata, osb., *Hospitalidade*, manuscrito.

14. *Puebla and Beyond, op. cit.* Nº 31.

fruto de la pobreza y desorganización moral familiar;

– rostros de jóvenes, desorientados por no encontrar su lugar en la sociedad; frustrados, sobre todo en zonas rurales y urbanas marginales, por falta de oportunidades de capacitación y ocupación;

– rostros de indígenas y con frecuencia afroamericanos, que viviendo marginados y en situaciones inhumanas, pueden ser considerados los más pobres entre los pobres;

– rostros de campesinos, que como grupo social viven relegados en casi todo nuestro continente, a veces privados de tierra, en situaciones de dependencia interna y externa, sometidos a sistemas de comercialización que los explotan;

– rostros de obreros, frecuentemente mal retribuidos y con dificultades para organizarse y defender sus derechos;

– rostros de subempleados y desempleados, despedidos por las duras exigencias de crisis económicas y muchas veces de modelos de desarrollo que someten a los trabajadores y a sus familias a fríos cálculos económicos;

– rostros de marginados y hacinados urbanos, con el doble impacto de la carencia de bienes materiales, frente a la ostentación de la riqueza de otros sectores sociales;

– rostros de ancianos, cada día más numerosos, frecuentemente marginados de la sociedad del progreso que prescinde de las personas que no producen"[15].

Todo esto y más, ostenta la marca del pecado presente en las estructuras económicas y políticas de nuestros días. Estas estructuras fueron condenadas una vez más por los Padres sinodales en el mensaje final del 25 de octubre de 1983. "La Iglesia jamás podrá descansar satisfecha con situaciones económicas y políticas que perpetúan la injusticia. Debemos usar, por ejemplo, de la influencia que tenemos para conseguir una reforma efectiva de las desigualdades que existen entre el hemisferio norte y el sur"[16].

Mientras debemos estar preparados para recibir a los otros que vienen a nosotros, Jesús, estipula claramente que sus seguidores deben estar abiertos a recibir la hospitalidad que se les ofrece *(Mt* 10,11-14). Los dos aspectos de dar y recibir son inseparables. No será posible practicar sinceramente la hospitalidad con los pobres y desterrados a menos que comprendamos que ellos tienen mucho para darnos. Uno de los importantes descubrimientos teológicos de la Iglesia Latinoamericana, es que los pobres nos evangelizan. Los pobres interpelan constantemente a la Iglesia, llamándola a la conversión[17]. Pareciera que Benito nos enseña la misma verdad cuando ordena que cuando llega un huésped, los monjes deben cantar *"Suscepimus, Deus, misericordiam tuan in medio templi tui"* (53,14). La gracia y la bendición de Dios se reciben cuando Cristo es bienvenido en el po-

15. *Ibid* nº 32-39.

16. *L'Osservatore Romano,* edición inglesa, oct. 31, 1983, p. 3.

17. *Puebla and Beyond, op. cit.* Nº 1147.

bre.

Seguramente debemos preguntarnos a nosotros mismos si consideramos al pobre y al desterrado, que son cada vez más evidentes en nuestra sociedad, y que, como en el tiempo de Benito, se presentan a *"incertis horis"* (53,16), como el rostro desfigurado de Cristo que *está a la puerta y llama (Ap* 3,20).

La Sagrada Escritura y la Regla nos obligan a buscar, descubrir y servir a este Cristo escondido entre los más pequeños de cada sociedad y cultura, de los pobres, hambrientos, trabajadores extranjeros o inmigrantes de las culturas africana, asiática y latinoamericana, considerados en un primer momento como "hostiles" a la cultura blanca nórdica. Sin embargo, si por la gracia de Dios, podemos vencer este miedo, abrir nuestros monasterios y nuestros corazones a ellos, descubriremos que estos *"hostes"* (extraños que nos causan miedo) se vuelven de repente *"hospedes"* (invitados, amigos). La parábola del buen samaritano *(Lc* 10,25-37) nos pone frente a la realidad de muchos de nuestros prójimos que están caídos, quebrados y heridos al margen de la sociedad. ¿Mantendremos una distancia farisaica y nos excusaremos a nosotros mismos mientras nos apuramos para hacer cosas "más importantes"? ¿O reconoceremos y serviremos a Cristo, a quien nada debemos anteponer (4,21) escondido en esos hermanos sufrientes? Dios nos dé la gracia de descubrir que todos somos peregrinos y que Cristo se volvió "prójimo" para que todos fuésemos invitados de un Dios amante, que desea ser "Padre nuestro".

Benito denunció la acumulación de riqueza y la opresión de la Roma decadente del siglo VI, separándose de la sociedad y poniendo los cimientos de una nueva sociedad construida sobre la primacía de Dios y la fraternidad de los hombres. La historia atestigua su éxito. La era de la *Pax Benedictina* y la verdadera transformación de la sociedad europea ganó para Benito el reconocimiento como Apóstol y Patrono de Europa.

No obstante, desafortunadamente, con el paso del tiempo, muchos monasterios se volvieron más bien centros cerrados de riqueza y poder que hospederías abiertas a recibir al pobre y al desterrado de la sociedad. En vez de la primacía de Dios y de la confianza en la Divina Providencia, las alianzas con el poder temporal, las vastas posesiones de tierra y los portafolios, se convirtieron en las bases de la seguridad.

Una vez más, una sociedad pagana y decadente, concentrada en una desesperanzada autodestrucción por la bomba, o permitiendo aletargada que millones mueran de hambre, necesita urgentemente a Benito o a quienes estén listos y dispuestos a vivir según su Regla.

El Documento de Puebla de los Obispos de América Latina, en un pasaje muy fuerte, indica claramente que el amor a Dios y al prójimo, exige hoy, un compromiso de cambiar las estructuras de pecado dentro de nuestra sociedad. "El Evangelio nos debe enseñar que ante las realidades que vivimos no se puede en América Latina amar de veras al hermano y por lo tanto a Dios sin comprometerse a nivel personal y en muchos casos, incluso, a nivel de estructuras, con el servicio y la promoción de los grupos humanos y de los estratos sociales más desposeídos y humillados, con todas las consecuencias que se siguen en el plano de esas realida-

des temporales."[18]

De esto, parece evidente que los monjes, además de la práctica de la hospitalidad hacia los que llegan al monasterio, deben también ejercer un papel "político", esto es, comprometerse a cambiar las estructuras de pecado que llenan la sociedad. Podemos pensar en el monje como alguien que se ha apartado de la sociedad *(monus)* y por eso no tiene que desempeñar un papel político. Sin embargo la historia de Benito y sus seguidores está llena de ejemplos de servicio al bien común.

Cada cristiano bautizado y mucho más el monje por su profesión monástica, recibe la triple misión de profeta; sacerdote y rey. Como profeta, está llamado a ser testigo por medio de su vida y a anunciar la Buena Noticia a los pobres *(Lc* 4,18) y al mismo tiempo, a denunciar las injusticias de la sociedad. Como sacerdote debe dar su vida para que otros tengan vida en abundancia *(Jn* 10,10). *Este es mi cuerpo que será entregado por vosotros...esta mi sangre que va a ser derramada por vosotros (Lc* 22,19). También debe ser rey. Y ¿cuál es el papel del rey? ¿El de ser servido por los otros? ¡Por supuesto que no! Cristo declara que El es rey *(Jn* 18,37). Sin embargo dice *no he venido a ser servido sino a servir... (Mt* 20,28). El rey es el responsable dentro de la comunidad de asegurar a todos las necesidades básicas para la vida: comida, agua, casa, vestido, salud y educación. Es un papel eminentemente político[19] y el monje no es libre de huir de esta obligación política diciendo que nada tiene que hacer con la política. Si esa es su elección, optaría por el *status quo* que privilegia a una élite a expensas de muchos.

Mahatma Gandi, un no-cristiano que vivió intensamente los valores del espíritu, escribió una vez: "Para ver el universal y el siempre presente Espíritu de la Verdad cara a cara, debemos ser capaces de amar a la más ínfima de la creaturas como a nosotros mismos. Y el hombre que aspire a esto no puede permitirse después quedar fuera de ningún campo de la vida. Es por eso que mi devoción a la Verdad me llevó al campo de la política, y puedo decir sin la más mínima hesitación, y sin embargo con toda humildad, que quienes dicen que la religión nada tiene que ver con la política no saben nada de lo que significa la religión"[20].

Personalmente, siento que de esto se deduce lógicamente que quienes dicen que el monacato nada tiene que ver con la política no saben de qué se trata el monacato. Creo firmemente que cada monasterio y aun más, que los benedictinos unidos en federaciones y en la confederación están llamados hoy a denunciar los ídolos paganos de la riqueza, del poder y de la lujuria que reclaman tantas vidas inocentes de nuestra sociedad. Debemos utilizar las influencias políticas que tenemos contra la injusticia de la sociedad y llamar la atención sobre la necesidad de volver

---

18. Ibid nº 327.

19. En la mayoría de los casos en la sociedad moderna, el hecho de que no todos tengan las necesidades básicas para la vida es el resultado de una decisión hecha por aquellos que están en el poder para favorecer un sistema económico que concentra los bienes disponibles en las manos de una élite de pocos.

20. Gandhy, M.K., *The Story of My Experiments with Truth*, Londres, Phoenix Press, 1949, p. 420.

a los valores cristianos. "El monacato auténtico debe ofrecer un camino de vida que proporcione una alternativa a los valores de la sociedad contemporánea y no un eco de ellos"[21].

Benito, en el Prólogo de su Regla, presenta la vida del monje como un constante proceso de conversión y seguramente esta necesidad de conversión no es menor en nuestros días. Si nuestros monasterios se han vuelto centros de poder intelectual y cultural, necesitamos preguntarnos: "¿Cómo usamos de este poder como servicio de transformación de la sociedad? ¿Cómo debemos ser los monjes, en un mundo donde millones mueren de hambre y viven en condiciones infrahumanas? ¿Le está permitido al monje mantener un silencio sepulcral, mientras billones de dólares invertidos en armas, matan a millones incluso sin siquiera disparar un tiro, privándoles de satisfacer las necesidades básicas de la vida? ¿Somos los monjes de hoy culpables de elegir un estilo de vida que juzgamos apropiado, y luego de intentar justificarlo teológicamente? ¿O miramos la Sagrada Escritura, la Regla de Nuestro Santo Patriarca y los signos de los tiempos en orden a descubrir la esencia de la vida monástica actual?

Nuestro juez no puede ser una sociedad lisonjera que nos dice lo que nos gusta escuchar. Nuestro Señor y Juez es Jesucristo. En la parábola del hombre rico y de Lázaro *(Lc* 18,19-31), Jesús hace notar enérgicamente que el hombre rico fue condenado al infierno, no por alguna mala acción, sino por su pecado de omisión. Entre él y Lázaro existe el mismo "gran abismo" que cuando vivían cerca uno del otro.

Hoy el "gran abismo" existe entre los ricos y los pobres del mundo. ¿Nos mantendremos junto a Lázaro cuando exige sus justos derechos, aquellas necesidades básicas para una vida abundante? ¿O nos retiraremos al confort de nuestros monasterios diciendo que el problema no nos concierne, permitiendo con nuestro silencio que Lázaro muera millones de veces?

Cuando el Hijo del Hombre venga en Su Gloria a juzgarnos a cada uno de nosotros y al benedictinismo entero, El nos hará notar que el verdadero amor no es algo meramente "espiritual", sino algo muy concreto. Es la materia prima de la vida de cada día: comida, agua, vivienda, vestido, salud y educación. *Tuve hambre y me diste de comer; tuve sed y me diste de beber (Mt* 25,32 ss.) ¿Has creído y me has servido en el más pequeño de mis hermanos, o has dado vuelta la cabeza y te has apresurado a realizar un rito vacío? *(Lc* 10,31).

Como cada contexto histórico es tan diferente, vacilo en ofrecer ejemplos concretos sobre cómo los monjes de hoy pueden vivir mejor su llamado a encontrar a Cristo en el otro a través de la hospitalidad, la apertura y el servicio. Permítanme, sin embargo, darles algunas simples sugerencias:

1) Hospitalidad: debemos examinar nuestra práctica actual de recepción de los huéspedes y con un espíritu de conversión, tratar de cambiar todo lo necesario para que nuestra hospitalidad esté más de acuerdo con la Sagrada Escritura y con la Regla.

---

21. R.B. - 1980, editada por Timothy Fry, osb, Collegeville, The Liturgical Press, 1980, p. 149.

2) Con un espíritu de servicio a nuestros hermanos y hermanas, debemos tratar, a través del estudio, la oración y la contemplación, de descubrir las "estructuras de pecado" que son la causa de la siempre creciente pobreza de los pobres, denunciando esta injusticia con nuestro testimonio profético y nuestra prédica valerosa; y finalmente anunciar los valores de fraternidad y solidaridad viviendo de acuerdo a la Regla y al espíritu de san Benito en nuestras propias comunidades.

La espiritualidad monástica ha sido descrita como una forma de prolongar la espiritualidad del martirio[22]. Cuando Pedro responde *Tú eres el Mesías* a la pregunta de Cristo *"Pero vosotros, ¿quién decís que soy yo" (Mc* 8,29) Jesús, inmediatamente habla de su necesidad de sufrir, de ser rechazado por los poderosos y de morir antes de subir a la Gloria *(Mc* 8,31). Como Pedro, podemos querer persuadir a Cristo de que lo que El propone no es necesario. Sin embargo "estos pensamientos no son de Dios sino de los hombres" *(Mc* 8,33). El Cristo que buscamos en los otros es el Cristo sufriente y aquellos que quieran servir a este Cristo, deben estar preparados para el sufrimiento, el rechazo e incluso el martirio.

Mientras Jesús lavaba los pies de los apóstoles en la Ultima Cena, les enseñó estas verdades fundamentales: 1) en su Reino no existe la relación señor-siervo, 2) la verdadera grandeza (y el poder salvador) es hacer el trabajo de un esclavo, 3) "servir al humilde como al Maestro es un llamado 'a morir', un llamado, que, si queremos ser cristianos, debe importarnos más que nuestra propia vida o muerte. Una convicción por la que debemos estar preparados a jugarnos la vida"[23].

"Este proceder profético de Jesús produce una gran desaprobación puesto que desenmascara el proceder 'apropiado' y las estructuras de la sociedad"[24]. Nosotros que queremos encontrar y servir a Cristo en el humilde, no podemos esperar un trato diferente. Pero el monje que realmente busca a Dios, incluso frente al martirio, sólo puede regocijarse con la promesa de Cristo: *Sabiendo esto, seréis dichosos, si lo cumplís (Jn* 13,17).

Traducción del inglés por
Juana Inés Bertrand, osb – Monasterio Gaudium Mariae

Matthias William SCHMIDT, osb
Obispo de Ruy Barbosa – Brasil

22. Gutiérrez, G., *Beber de Seu Próprio Poço*, Petrópolis, Vozes, 1984, p. 24.

23. Schillebeechx, E., *God Among Us*, Nueva York, Crossroad, 1983.

24. Fletcher, Emeric, osb, *The Old Story of Jésus – The Eschatological Prophet*, manuscrito.